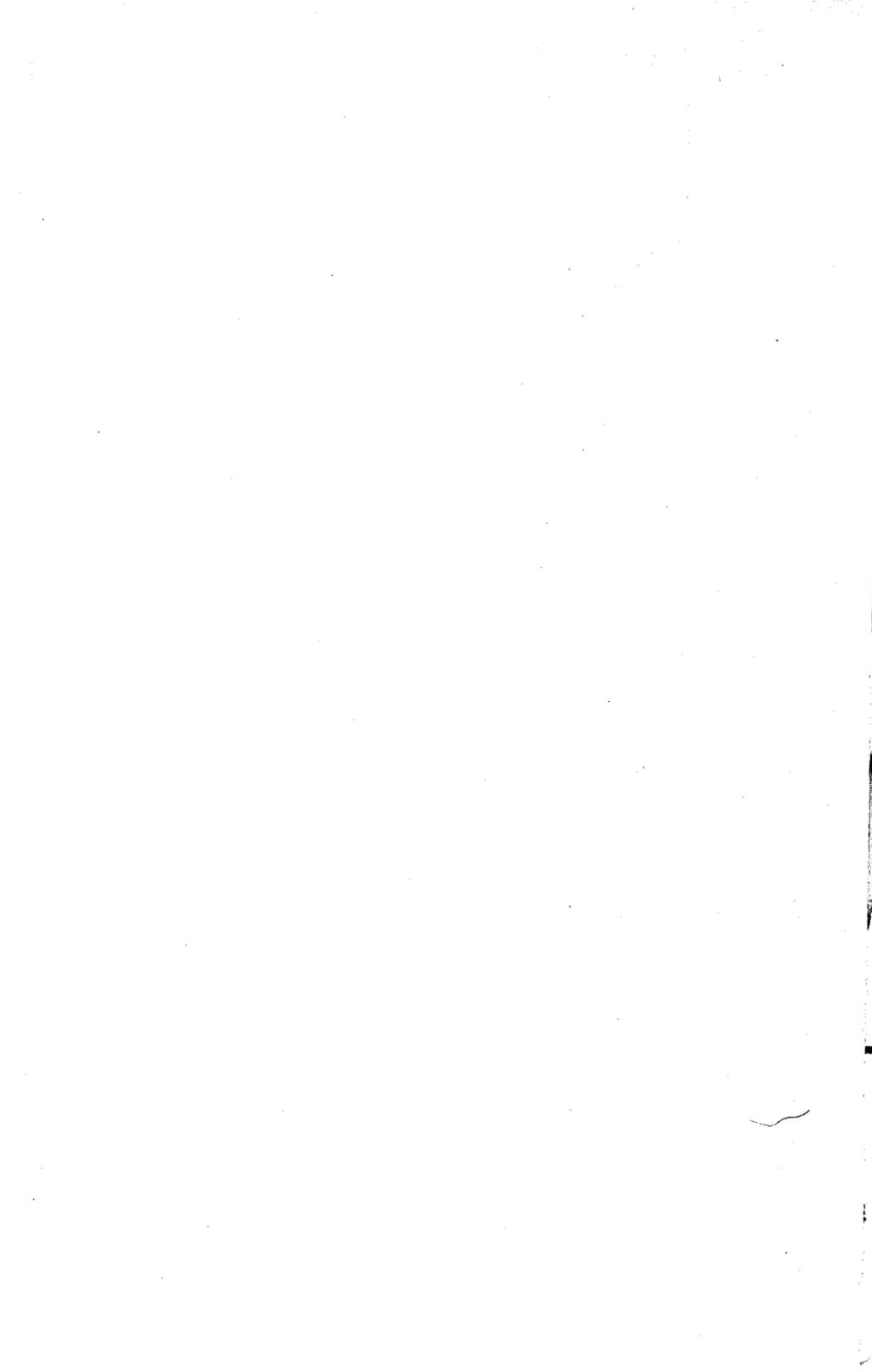


LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX



B
1616

ATENEO

CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID

~~~~~

# LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

COLECCIÓN

DE

**CONFERENCIAS HISTORICAS**

CELEBRADAS

DURANTE EL CURSO DE 1885-86



1886

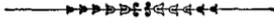
LIBRERÍA DE DON ANTONIO SAN MARTÍN

*Puerta del Sol, núm. 6*

MADRID

—  
ES PROPIEDAD  
—

# Introducción y 1.<sup>a</sup> Conferencia <sup>(1)</sup>



## TEMA

La Sociedad española al principiar el siglo XIX.—El Príncipe de la Paz.—La Corte y el Gobierno de España.—Las relaciones internacionales y la posición de España en el mundo.—El sentimiento popular en 1808.—Las intrigas y la catástrofe.

## ORADOR

D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST



*Señoras y Señores:*

Preciso es que yo esté profundamente convencido de que cuantos aquí se hallan esta noche, vienen penetrados de un espíritu más que de benevolencia, de caridad, para tener la osadía de inaugurar este curso de conferencias históricas con las pobres palabras, que voy á dirigiros. Pido, pues, á los socios del Ateneo, á aquellos que me han hecho dos veces el honor de elevarme á la presidencia, que consideren que el presentarme aquí

---

(1) Causas ajenas á la voluntad del Sr. D. Eduardo Chao le impidieron explicar la primera Conferencia que estaba á su cargo; y de ella, á la vez que de la introducción, se encargó el Sr. D. Segismundo Moret.

esta noche, es uno de los mayores esfuerzos que en mi vida hice, pero al cual me creo obligado para pagar una deuda al Ateneo, pago realizado tal vez en mala moneda, que no merece otro nombre aquella que he podido reunir para esta noche. Pero es el hecho, señores, que habeis querido por voluntad repetidas veces manifestada organizar una série de conferencias históricas, y que en representación de vuestra voluntad me ha tocado prepararlas; y al hacerlo, he tenido necesidad de invitar á personas de tanto valer, y son tantos, y de tal importancia los asuntos que han de ocuparlas, y hay, en una palabra, en el Ateneo tal interés científico é histórico en que esto se lleve á cabo, que, habiendo yo adquirido el compromiso de comenzar el curso, no he creído que debía declinarlo ante ningún género de consideraciones. Y hace aún más difícil mi tarea la enfermedad del Sr. Chao, encargado de dar la segunda conferencia, cuyo asunto habré yo de incluir en el plan, que me había trazado, bosquejando el punto de vista fundamental de lo que él hubiera expuesto con tanto acierto y con tanto placer de vuestra parte, á fin de que aquellos que han de continuar las conferencias puedan tomarlas en el punto en que quedaron, y continuar sin interrupción el desarrollo de la historia del siglo XIX, que vosotros quereis oír, porque todos los que aquí os habeis congregado deseais conocer los antecedentes de vuestra propia vida y de vuestra propia historia.

Pues bien, señores; sin más preámbulo para reclamar vuestra atención, y seguro de que cuanto halleis deficiente en mi discurso, ha de ser suplido, así lo espero, por vuestra bondad, entro de lleno en lo que ha de ser asunto de este curso, ó sea en las conferencias históricas; y al hacerlo, y siendo mi deber en este momento preparar el ánimo de los que han de seguir estos estudios y ponerlo al unísono y en armonía con el pensamiento de las personas, que han aceptado el encargo de

dar las conferencias, me asalta la duda de si todos los que me escuchan están conformes conmigo y piensan de la misma manera que yo pienso respecto al asunto, ó solamente lo están con el fin, que aquí nos reúne, porque, señores, los estudios históricos, cuando se trata de explicar los antecedentes que han servido de base á los hechos de que hemos sido testigos ó actores, presentan á la vista del que tiene que examinarlos, diferentes y múltiples aspectos.

En primer lugar me permitireis que os pregunte en qué sentido hemos de tratar de conocer la historia contemporánea, porque paréceme á mí que según el criterio con que cada uno se considere á sí mismo, y examine su propio estado individual y se ponga después en relación con el medio social que le rodea, así variará el concepto que forme acerca de lo que en este sitio debe decirse. Yo entiendo, señores, y vaya mi modo de pensar por delante, puesto que tengo la obligación de decirlo en alta voz, yo entiendo que cada individuo se encuentra en un momento dado, por ejemplo, en este en que yo hablo y en que vosotros me haceis el honor de escucharme, en una situación, por decirlo así, de crisis y de cambio. Todo aquello que va pasando y deslizándose es ya un ayer; todo aquello que va á pasar dentro de un instante es todavía un mañana, y entre estos dos extremos se encuentra lo que llamamos el individuo impulsado por ese pasado, atraído por ese porvenir y obligado á cada momento, si tiene conciencia de sí propio, á contestar á estas dos preguntas que se nos formulan constantemente, á cada momento de la vida, ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy? Esto es: ¿cuáles son mis antecedentes, cuál es mi pasado, de dónde arrancho, qué es lo que constituye mi ser, qué piensa mi mente, qué cree mi alma, qué lloran mis ojos cuando se cubren de lágrimas, á qué sentimiento íntimo responde mi voz cuando su acento vibra en el espacio para tras-

mitir mis ideas? Porque al hacerse estas preguntas y reflexionar sobre la manera de enlazar lo que deja atrás y lo que vé delante, el individuo siente que es como un anillo de una inmensa cadena, como gota de una corriente que no se acaba, como algo que va impulsado porque tiene vida bastante para detener quizás la corriente, tal vez para variarla, de fijo al menos para encaminarla por los derroteros que le parecen mejores. (*Aplausos*).

Por eso la historia de nuestros días es, señores, y no encuentro otra comparación que aplicar, como una comedia en la cual nosotros mismos somos actores de aquello cuya causa nos preguntamos, algo en que somos á un tiempo causa y efecto, por lo cual cada uno de nuestros actos tiene un valor inmenso para lo porvenir. Y para probároslo, antes de entrar en otras consideraciones, yo deseo que mediteis un momento en lo que nos sucede cuando se rompe ó se interrumpe ó tememos que desaparezca ese hilo conductor de nuestra vida, ese enlace entre lo que éramos y lo que vamos á ser. La incertidumbre, la idea de que todo va á cambiar, el temor de que el camino por donde vamos es errado, la vacilación, que se apodera de nosotros cuando no sabemos á donde nos dirigimos, todo eso produce en el mundo de los hechos históricos la paralización y el quietismo, en el mundo moral la desconfianza y el recelo, en el mundo de los sentimientos y en la atmósfera de las pasiones, el encono, la implacable censura y el desprecio de los demás. Por el contrario, cuando nos hallamos en uno de esos momentos felices, tan escasos en la vida de los pueblos, y no voy ahora á referirme á España; en uno de esos momentos en que por una razón cualquiera todo el mundo piensa del mismo modo, todos se sienten como envueltos por una atmósfera común de simpatía, que identifica á los hombres unos con otros y en cuya atmósfera se engendra un mismo pensa-

miento; entonces nos sentimos formando parte de una colectividad; hablamos de España como de patria de hermanos, apelamos á los partidos cual si estuvieran constituidos por diferencias de opinión sin gérmenes de ódio, hablamos del pasado como de algo que nos es común á todos y á todos nos enseña, y del porvenir como de algo que nos tiende amorosamente los brazos.

Y en esos momentos, recordadlo, señores, afirmamos que esta España es una nacionalidad gloriosa y nos sentimos dispuestos á todos los sacrificios para llevar á cabo la noble empresa de responder á su pasado engrandeciéndolo su porvenir. Esta es la historia, y este es el sentido, en que yo la entiendo al dirigirme hoy á vosotros.

Y expuesto así el sentido de lo que es la historia contemporánea, y mejor aún el de la historia en sí misma, permitidme detenerme un momento más en este concepto. ¿Qué es la historia? ¿Qué horizonte es este que vamos á recorrer, qué camino este por donde vamos á marchar? Hace pocas noches, cuando yo tuve el honor de inaugurar el presente curso, procuré, señores, quizás sin conseguirlo á mi satisfacción, exponeros el concepto de la historia en los tiempos modernos. Esta noche tengo que volver á él, y al hacerlo voy á servirme de la autoridad de un nombre, que os es grandemente simpático, y que todos deplorais, como yo deploro, no verle figurar en el programa de las conferencias históricas. Aludo á Pérez Galdós y al concepto que de la historia contemporánea ha expuesto últimamente, al explicar la manera como concibió sus *Episodios nacionales*, y al modo de desarrollarlos, manera y modo que concuerdan con la noción de la historia, que yo os exponía aquella noche, y que voy en este instante á resumir.

Los hechos se suceden, la mano del tiempo los traza en ese lienzo infinito de la vida y, una vez escritos ó re-

latados, los contemplamos como esas mudas imágenes (señalando á los retratos) de aquellos, que representaron ó sintetizaron la época en que vivieron; en vano les preguntaremos el secreto de su conducta; en vano interrogaremos las páginas, que guardan sus recuerdos; continúan silenciosos y mudos, y silenciosos continúan los sucesos, los hechos y los acontecimientos; y cuando, en vista de los antecedentes y analizando los sucesos, queremos sacar una consecuencia y deducir enseñanzas para los días presentes, los hechos se burlan de nosotros y las predicciones no se realizan. Y es, señores, que la historia es algo más que la narración de acaecimientos memorables; es algo viviente, animado, es el producto de la voluntad, de la inteligencia, del pensamiento individual y como tal variable, y como tal infinitamente rica, y como tal susceptible de ser modificada á cada instante; y por eso es absolutamente necesario, después de reunir los hechos y de acumular los datos, formularse esta pregunta que se plantea á nuestra reflexión: ¿Por qué han acontecido esos hechos? ¿Por qué han sucedido así y no de otra manera? ¿Por qué España ha marchado en esa dirección siguiendo ese camino y no ha tomado otro distinto? Ya estas preguntas, que se formulan á pesar nuestro y en cada uno de los actos de la vida, tal vez os parezcan fáciles de contestar. Y si á cada uno de vosotros, jóvenes que aún no teneis la experiencia de la vida, que no habeis perdido la confianza en vosotros mismos, que solemos llamar ilusiones, si os presentasen ese problema y os preguntasen qué haríais en una ocasión dada, qué acto ejecutaríais, de qué manera resolveríais una dificultad; yo sé bien que contestaríais sin vacilar y completamente convencidos. Pero creedlo, mejor haríais en guardar la respuesta y suspender la resolución, porque llegado el momento, quizás vuestra contestación no fuera la que imagináis. Hay en la naturaleza del individuo, hay en su modo de

ser, hay en esto, que constituye nuestra esencia, algo que no podemos definir que es el compuesto, la resultante, el punto al cual convergen las múltiples fuerzas, que se agitan en nuestro derredor, solicitando nuestra voluntad; y como no podemos saber cuáles serán esas fuerzas en un momento dado, ni cuál nuestro estado fisiológico, ni el influjo que en nosotros ejercen las corrientes del exterior, ni la energía que desarrolla el choque de las pasiones, ni siquiera el estado psicológico, el grado de sensación que despertará en nosotros aquel suceso, no es posible responder de qué manera, en un momento dado y ante un hecho determinado, habríamos de dirigir y encaminar nuestra voluntad.

Por eso cuando se ha llegado á estudiar este concepto de la historia, cuando nos encontramos delante de este problema, ha nacido en el mundo moderno esa teoría, que recibe el nombre de teoría de la evolución, y que en último término responde á las consideraciones que os vengo exponiendo; teoría en la cual no entro en este momento, teoría que sin prejuzgar la libertad humana, sin entorpecer ni entibiar ninguna de las ideas, que nos sirven de faro y de guía en nuestro camino, nos enseña sin embargo, que, dado un instante, un momento y una situación, para el individuo como para el pueblo, es fatal el punto de partida, aún cuando sea libre la dirección que haya después de tomar, teoría que explica y relaciona el mundo moral con el de la naturaleza pura, en la cual no basta conocer el grano, la semilla, el suelo, el calor de la atmósfera y el grado de humedad del terreno; es preciso todavía que todo, calor y humedad y semilla y temperatura del ambiente, estado de la atmósfera, y rayo del sol, que vivifica el gérmen, coincidan y se combinen, para que se abra la semilla, nazca el tallo, rompa la tierra y brote á la luz la planta que ignora si llegará á ser tronco gigante. Porque si es el calor excesivo ó deficiente la humedad, ó está demasiado tier-

na la semilla ó poco desarrollado el gérmen, entonces es inútil hacer esfuerzos, y ó no brota el tallo, ni se dá la planta, ó si brota será enfermiza y débil y morirá á la primera helada ó al primer rayo de sol demasiado ardiente para una frágil existencia, no nacida para resistir á los contrastes de la vida.

Y si esta es una verdad de sentido común y yo como tal os la presento, me concedereis, señores, que la primera necesidad del estudio histórico es conocer exactamente el punto de partida. El de las conferencias que aquí inauguramos, es el principio de la edad moderna, de aquellos años, en que muerto Cárlos III y acabada la evolución del siglo XVIII con los hombres que de su reinado quedaron, sube al trono de España Cárlos IV, encontrándose al frente de una sociedad formada con las preocupaciones y los errores de los siglos anteriores y llamada á la vida de la humanidad en el momento, en que allá en el continente americano se había alzado la república de los Estados-Unidos con el fulgor de la libertad individual y con aquel conjunto de iniciativa y de fuerzas propias, que ninguna otra nación ha presentado, y en que la vieja sociedad europea resumida y concrecionada en Francia, se fundía al calor de las ideas y, recorriendo el suelo de las naciones como rojiza é hirviente lava, iba á condensarse y á terminar como en punta de acero en la espada de Napoleón, pronto á arrojarla como Brenno en la balanza, ya para pronunciar el terrible *væ victis* contra todos aquellos, que se resistieran á reconocer el dogma de la revolución, los derechos del hombre. En ese momento la España de la reconquista, de la edad medja, la de Isabel la Católica, que recogió la casa de Austria, han muerto con Cárlos II, y yace sepultada allá en las bóvedas del panteón del Escorial, envuelta en el silencio majestuoso de sus cumbres despojadas de vegetación, y cobijados los restos de sus monarcas en esos mármoles, que el

frio corroe, morada en armonía con aquellos reyes que hicieron el vacío en derredor de España y cuyo recuerdo no será nunca acompañado por las bendiciones del pueblo. (*Grandes aplausos.*)

La casa de Borbón en cuanto representaba lo que se ha llamado por César Cantú, los reyes filósofos el renacimiento de las ideas, había concluido también en Carlos III, en Floridablanca y en el conde de Aranda; y una cosa nueva, un resto de todo aquello, una consecuencia en verdad, pero triste consecuencia, una hilación en la historia, pero sin enlace en las ideas, una cosa, que brotaba de aquel tronco, como brota la rama seca, que ya no tiene sávia ni vida y está destinada á caer, eso era Carlos IV y su familia y cuanto le rodeaba, eso era lo que vivía á principios del siglo, cuando el trueno se engendraba en la atmósfera, y el rayo, arrancado por Franklin de las nubes, bajaba á convertirse en elemento de progreso, y el fulgor de las ideas penetraba para iluminarlas en el fondo de las pasiones.

¡Cuadro, señores, verdaderamente palpitante de interés! ¡Estudio superior á mis fuerzas! Si yo las hubiera preparado durante largo tiempo, si los ensayos de otra época, que algunos amigos míos tuvieron la bondad de encontrar de algún valor, hubieran podido ser más largos y fecundos, todavía yo creería superior á mis fuerzas la pintura de esta época. Pero ya que las circunstancias y el enlace de los sucesos lo quieren, voy á intentarlo, no como aquel que traza un cuadro, en el que van á destacarse las figuras y los sucesos, sino como aquel que ansioso de reflejar su pensamiento, traza con mano febril en el lienzo ligeras siluetas, suficientes á recordar una idea, cual Goya lo hacía en sus aguas fuertes, sin cuidarme del dibujo, sin atender ni aún á la forma, olvidado del encanto y de la simetría de la composición. (*Grandes aplausos.*)

Para hacerlo, señores, permitidme que divida mi

asunto en dos aspectos: la España moral y la España material, y que anticipe el estudio de la España material al de la España moral, sin que esto os extrañe, porque vais á ver, y yo espero tener la suerte de probarlo, que el bosquejo de la España material, de la España gráfica, permitidme la palabra, es tan indispensable para el conocimiento de todo lo que va á suceder, como que ella es por decirlo así, la clave de los acontecimientos, que voy á referir, y sobre todo el punto de enlace entre lo que vais á oír esta noche y lo que lábios más elocuentes os dirán en noches posteriores.

¿Qué era la España moral en 1800... (tomad el año que queráis desde 1800 á 1803 que es cuando esta sociedad va á cambiar sus destinos), qué era el alma de la España, el pensamiento de un español ó de varios españoles, la conciencia nacional en aquella época? Yo he oído muchas veces hacer la silueta de la España de aquel tiempo con unas cuantas palabras é ideas, pero entiendo que la cuestión es un poco más compleja. Si me permitiérais que, para traer mis ideas á puntos en que quisiera que se encontrasen con las vuestras y con ellas coincidiesen, hiciera un pequeño cuadro, yo os presentaría la España de fines del siglo XVIII, como un país, que ha perdido completamente, en absoluto, la tradición y el enlace con los siglos anteriores. Por extraño que esto os parezca ó por atrevido que sea el pensamiento, ha llegado á ser en mí una convicción profunda.

La España, que llevó á cabo la reconquista y que clavó sobre los muros de Granada el pendón de Castilla, la España que con los Reyes Católicos unió bajo un solo cetro casi todos sus territorios y estuvo á punto de unir ese pedazo de la península, que se llama Portugal, la España que abrió la era de la edad moderna con el descubrimiento de América, la que hizo escuchar al Africa el estampido del cañón de Cisneros y llevó á Ita-

lia las huestes del Gran Capitán, aquella España torció su dirección histórica y fué á combatir en el Norte de Europa las ideas protestantes á nombre de los intereses de la casa de Austria, y combatió como buena, porque ese fué su deseo, pues yo pienso que no son las voluntades de los gobernantes las que llevan á los pueblos en una dirección determinada, los cuales, si bien pueden darles la señal y tomar la iniciativa, si los pueblos no se prestaran á ello no irían nunca por el camino, que se les traza. Si van, culpa común será de directores y de dirigidos, que es muy frecuente, pero poco moral en la historia, rehuir las responsabilidades y enseñar á las generaciones, que pueden disculparse de su cobardía, de su indolencia ó de su falta de resolución, echando el peso de los errores de sus gobernantes, cuando la conciencia nos dice, que no tiene el derecho de descartar responsabilidades, quien se ha prestado humildemente á servir las voluntades ajenas. (*Aplausos*).

Fu é la España al Norte de Europa y allí sucumbió; al llegar Cárlos II aquella España había concluído. Cuando vino Felipe V, pidió en vano por todas partes soldados, ministros, poetas, escritores, y esta nación que un siglo antes había tenido los genios más grandes en todos los ramos del saber humano, sufrió la amargura de ver que aquel monarca traía de Francia gentes que pudieran enseñarle las artes del gobierno, las de la política y hasta las de la guerra á sus decaídos habitantes. Reducida en su población, adormecidas sus ideas, extraviado su espíritu, la España en los primeros años del siglo XVIII, vegetó sin renacer bajo Felipe V. Sintió sin duda aquel rey la tristeza de la atmósfera en que vivía y la nostalgia se apoderó de su ser. Fernando VI no fué más afortunado, y la España continuó en la misma vida inconsciente, hasta que un monarca, que se educó en el extranjero, que había respirado en Italia la atmósfera de las bellas artes, y nutrido su espíritu con

cuanto allí había de bello, de entusiasta, de peregrino, y que unía á esta educación una rectitud de carácter que pocas veces nos presenta la historia, Cárlos III en fin, vino á dar á España la impulsión y el amor de la vida moderna.

Había, sin embargo, en las ideas de Cárlos III algo particular; no diré extraño, algo especial; no diré discordante. Cárlos III como todos los hombres de gran talento llamados á regir un país atrasado, no creía más que en sí mismo; y mientras el conde de Aranda, su gran ministro, confiaba en el pueblo y creía que las libertades de Castilla, como nuevo Lázaro, habían de salir de su sepulcro, Cárlos III no creía más que en la fuerza de su iniciativa gubernamental y, cansado de las solicitudes del conde de Aranda, lo enviaba como su embajador á países extraños, sin pensar que todo cuanto creaba, sociedades económicas, industrias exóticas, profesores de talento, artistas, pintores, músicos, arquitectos, ingenieros, todo aquello era artificial; porque dependía de él, y sólo él lo sostenía y aún cuando hubiera de prender en el país, necesitaba para arraigarse un tiempo que él no había de vivir, y sucesores que él no había de tener. Quizás lo pensó tarde, y este pensamiento engendró su tristeza y aumentó la melancolía que llegó á dominarle en sus últimos años, al ver que su obra quedaba confiada á su hijo Cárlos IV, y que no teniendo éste la conciencia de los fines que su padre perseguía, ni mucho menos los medios de llevarlos á cabo y de hacerlos fecundos, su obra había de quedar embrionaria y había de ser como una primavera anticipada, que una helada abrasa antes de desarrollarse.

Eso explica por qué España no sufrió la transformación, á que Cárlos III la llamaba. Si recogeis la literatura de aquel tiempo y con ella penetráis en las costumbres, y con las costumbres y la literatura reunidas hojeáis los pocos libros de aquel tiempo, que se pueden

llamar científicos, y, si reunis con un pequeño esfuerzo, que más no se necesita, todo lo que produjo España durante el siglo xviii, vereis que aquí sólo había una idea fundamental, la monarquía, y á su lado otra idea, la religión, y con estas dos ideas, una tercera, un deseo de movimiento y de progreso representado en la literatura y en las bellas artes; todo ello acompañado de cierta inquietud, mezclado de cierto malestar, de cierta aspiración á lo nuevo, y un algo desconocido caracterizado por un olvido completo y un desconocimiento profundo de la tradición de España.

Tal vez en el primer momento os parezca todo esto extraño, más yo lo tengo por natural y lógico y espero probároslo, si me prestais unos minutos de atención. Ante todo, cuando hablo de la monarquía, no me refiero á esa idea de la monarquía que tantas veces se ha traído á nuestros debates políticos, para presentar esa institución como el centro y punto de apoyo de la constitución del país; no: me refiero á la idea de la monarquía tal como la descubro en los pensadores y políticos del siglo xviii, que hacían de ella la base indispensable, el sistema de pensar, la condición sin la cual no entiende ningún espíritu racional nada de lo que existe en la sociedad española. ¿Se trata del clero y de sus relaciones? Pues el rey es su jefe, igual al Papa por el Concordato. ¿Se trata de las bellas artes? El rey es su inspirador y su patrono. ¿Se trata del progreso de las ideas? El rey es el punto de apoyo, la palanca de los enciclopedistas, representados por Aranda y Campomanes. ¿Se trata de las costumbres? El rey las señala y las encamina. ¿Se trata de la vida social? En derredor del rey se forma y gira. El que algo idea lo escribe en un memorial para llevarlo al pié del trono; el poder real es la rueda motriz ó el eje central de todo movimiento y los españoles de aquel tiempo, aunque se llamen Aranda ó Campomanes ó Floridablanca ó Jovellanos, no entienden que se pueda

variar la agricultura, ni estirpar la amortización, ni sacar á este país de su triste estado, ni escribir un poema, ni regenerar el teatro, sino mediante y con el apoyo del poder real. La idea de la monarquía ha penetrado de tal suerte en el pueblo español, que la nación es en último término el patrimonio de un hombre, con cuyo auxilio, si es bueno, todo puede conseguirse, y por cuya culpa, si es malo, todo puede perderse.

La religión. España era un país esencialmente religioso. No os hablo de la creencia, porque no he de entrar en ese rincón recóndito de la conciencia, que es para mí un arcano del espíritu, al cual nunca me acercaría sino como se acercaría uno al santuario, con el más profundo respeto; os hablo de la religión en cuanto es una forma externa de la creencia que crea é inspira las costumbres; la religión, señores, es en aquel tiempo de que hablamos, cual gigantesca liana, que extendiéndose por todas partes, ha penetrado sus raíces en los poros todos de la sociedad.

¿Se trata de la propiedad de la tierra? El convento y la mano muerta son dueñas de las dos terceras partes del suelo de España. ¿Se trata de la educación? El convento vive dentro de las universidades y los catedráticos visten el sayal del fraile. ¿Se trata de los actos más íntimos de la vida? Pues sin hablar del bautismo, del matrimonio y del entierro, con los cuales la iglesia recoge á la humanidad en los tres momentos supremos de la vida, en el momento en que nace, en el momento en que ama y en el momento en que muere; sin hablar de esto, penetrad en cualquier domicilio de aquella época siguiendo el relato de los contemporáneos, y veréis siempre al fraile sentado en el hogar de la familia aconsejándola y atendiéndola en todas sus necesidades: si se trata del casamiento de la hija, él acude á dar su consejo; si hay un disgusto en la familia, él interviene para aplacar los ánimos; si llegan días de desgracia, él prodiga sus

consuelos; si hay que pedir alguna cosa, el redacta el memorial; si el hijo aspira á un destino, él le aconseja y le apoya; si se trata de hacer testamento, el confesor lo inclina con sus argumentos y en todo interviene y en todo le solicita ó se entremete. Nada tiene que ver aquí la fé y la religión, esta es su forma, externa; pero en este sentido la iglesia ha envuelto en los pliegues y repliegues de su inmenso manto la sociedad y la familia española del siglo xviii.

Y con estas dos ideas, la una que enerva y absorbe toda iniciativa y toda fuerza individual, la otra que le ofrece tranquilidad, bienestar, calma, reposo, una especie de atmósfera letárgica, pero en la cual al fin se vive ó se vegeta esperando para la última hora la bendición celeste y los consuelos de la bienaventuranza, con todo esto, pensad, señores, el extremo contraste de las innovaciones y de las ideas modernas, nacidas al calor del espíritu revolucionario y del volterianismo. Con la literatura, es decir, con las nuevas producciones se infiltra y seguro el espíritu de los que protestan contra aquellas bases sociales, y hace su camino con tanta más facilidad cuanto que viene traído y solicitado por Carlos III; en las Sociedades Económicas de Amigos del País se comienza á pensar en las cuestiones sociales; en las obras de Feijóo han principiado á encontrar los males y defectos de las órdenes religiosas; los profesores de economía política llamados á las nuevas cátedras de los diferentes seminarios, empiezan á enseñar que el mundo se rige por leyes propias, no copiadas en la Novísima recopilación, ni inscritas en aquellos códigos más antiguos y venerandos de la historia; el teatro antiguo disgusta al mismo vulgo, que acepta con predilección las producciones inspiradas en la escuela italiana al principio y después en la francesa; Moratin el padre y después el hijo, Cienfuegos, Reinoso y Cadalso, van trayendo ideas nuevas a esta caduca sociedad, y todo esto

se hace con una tranquilidad, con una dulzura y con una encantadora sencillez, algo de idilio y de virginal, que forma extraño contraste con los tiempos, que van á venir. Nadie se apercibe del cambio: la monarquía lo inicia, el clero lo patrocina y la sociedad lo acoge con aplauso.

Y ved, señores, como sobre estas dos bases, que se llamaban monarquía y religión principia una vida esencialmente distinta, pero tan inocente, que la Inquisición no la perseguirá; porque si bien es cierto que hubo el proceso contra Olavide, y que costó trabajo libertar al autor de *El Evangelio en triunfo*, y al glorioso fundador de las colonias de Sierra Morena de las garras del Santo Oficio, al cabo se consiguió; y por lo mismo que la lucha fué ruidosa, fué el triunfo más señalado.

De aquellas tertulias, como la del café de San Sebastián, fundada por Moratin el Viejo, ó como de aquella otra que se reunía en la celda del padre Astala, á que concurrían los literatos italianos traídos por Carlos III, y los discípulos españoles formados en ellas, surge una literatura cuyos autores, dándose el nombre de Arcades de Roma, se entregan á una obra literaria que era como un juego del espíritu y una filigrana del pensamiento.

Pero de esta bordadura, de este encaje de las ideas, que nunca llegaba á tomar el tono de una pasión (porque no olvideis, señores, que lo más apasionado que ha producido el siglo xviii son *Las noches lugubres* de Cadalso,) en medio de todo esto podeis ver, cosa extraña, el espíritu nacional, un sentimiento nuevo, algo que no se conocía antes y que apenas se percibe ahora, que empieza á brotar y que va á constituir en breve uno de los factores más importantes de nuestra vida.

Un hombre desconocido y oscuro, D. Ramón de la Cruz, empieza á esbozar primero sobre el papel y después en las tablas del teatro, tipos completamente nacionales, no conocidos hasta entónces. Otro artista de

carácter indomable, de naturaleza fiera, Goya, hace brotar de su pincel ó de su lápiz algo que no se parecía á las imágenes de santos, ni á los emblemas de la religión, ni á las transfiguraciones del misticismo; con él aparece por primera vez esbelta y elegante la mujer española, envuelta en la blanca mantilla, el torero de gallarda apostura, y los vendimiadores y los borrachos, el grotesco jorobado y el feliz matrimonio embelesado ante el niño, una sociedad tranquila, jovial, graciosa, tal como la veis en el Museo; pero nueva, original, española, y que permite ya adivinar los horrores de la guerra, que Goya trazara con mano febril y apasionado estilo, cuando la lucha transforme aquel idilio en tragedia. Y con D. Ramón de la Cruz y con Goya, aparece un lenguaje nuevo, rico, brillante, sonoro, el lenguaje de *La corrida de Toros* de Moratin y de *El murciélago alvoso*, en cuyas composiciones ruedan las palabras como perlas que caen sobre superficie de cristal, ó como deben rodar allá en el Niágara las últimas y deliciosas gotas de la rugiente espuma, cuando después de haber saltado en vertiginoso torrente van á perderse en el lago cristalino que las espera en silencio. Y al propio tiempo en el teatro, sobre las tablas de la escena, se ve ya palpar también algo, que hasta entonces era desconocido. Pero de esto no puedo yo hablaros, porque no lo he visto, ni se inventa porque no cabe suponerlo al que no lo vió con sus propios ojos; pues de las artes dramáticas y representativas, del cómico, como del orador, nada queda cuando se extinguen los acentos de su voz, y nadie puede reproducir la voz de aquel que arrebató á las masas sobre la escena del teatro, ó el ademán del tribuno, de cuya ardiente palabra no se conservan los efectos y tonos en el frio reflejo del libro que guarda sus arengas. Y el renacimiento del pueblo español no podía dejar de llegar al teatro, y así apareció potente, entusiasta, en Isidoro Maiquez. Una voz más autorizada

que la mía os describirá lo que era el arte escénico en los comienzos del presente siglo; yo solo puedo mencionar el nombre de Isidoro Maiquez, y recordar á aquel joven taciturno, á quien entre Godoy y la duquesa de Benavente reunieron una pensión de 4.000 rs. al mes para que fuese á Francia á aprender la declamación. Fué á Paris y oyó á Talma, y comprendió que la declamación era algo humano, y que sobre el teatro no aparecía solamente un histrión pintarrajeado, sino el tipo del hombre, y que el hombre de todas las edades y de todas las épocas era siempre el mismo y debía representarse tal cual era, sin ficciones ni artificios, lo mismo en el *Otelo* enloquecido por los celos que en *Cariolaino* enardecido por el amor á la pátria.

Y cuando volvió á su patria y se presentó á sus contemporáneos con la expresión nobilísima, con el acento vibrante, el ademán apasionado, hasta el punto de que Rita Luna en la escena final del *Otelo*, le tiraba de la túnica gritándole por lo bajo: «¡Por Dios, Isidoro!» temerosa de que fuera á matarla de veras, el pueblo sintió como la revelación de una nueva vida, como el choque de una corriente eléctrica hasta entónces desconocida, y comprendió por el espectáculo del arte escénico, lo que al oído le decía la literatura, lo que le revelaba la filosofía en los libros, lo que ya presentía el espíritu al despertar de su letargo; que había una nueva vida, que se abría ante él un nuevo horizonte, presentimiento del nuevo destino á que le llamaban los tiempos. (*Aplausos*). Esto, señores, sucedía, y así se revelaba el caracter español en la literatura con D. Ramón de la Cruz, en la pintura con Goya y en la declamación con Maiquez, en los momentos mismos que las falanjes de Napoleón llamaban con voz de trueno á las puertas de la patria, para dar por cuadro á la nueva época la guerra de la Independencia. (*Grandes aplausos*).

Una palabra más para concluir esta enumeración,

porque quiero deciros algo que por no haberlo leído en parte alguna y no creerlo vulgar, me parece necesario añadir á este cuadro. Uno de los rasgos característicos de la España de aquella época es su ódio á la tradición. Hoy, señores, la generación á que yo pertenezco, que ha asistido á la reaparición dolorosa y ensangrentada de lo que se llaman las ideas tradicionales en España, debe encontrar nueva y aún extraña esta afirmación, de que á fines del siglo XVIII y principios del XIX no había ninguna tendencia, ningún amor á la tradición. Y sin embargo, señores, se explica lógicamente. Si la tradición era esa noche oscura y caótica de que os he hablado, si era lo que quedaba con Cárlos II y lo que había venido con la guerra de sucesión, si había un lapso de un siglo durante el cual parecía que en España no se había pensado, ni escrito, ni hablado, ¿para qué volver la vista atrás? Las miradas al buscar algo se volvían al otro lado del Pirineo. Leed, señores, los que á estos detalles sois aficionados, leed *El Semanario Pintoresco*, de Valladares, aquellas descripciones de las modas, aquel afán en las mujeres de adoptar los adornos más extraños, los trajes más abigarrados y las prendas más incómodas; recordad aquellas comidas á la francesa, que merecerían la pluma de un *Velista* para describirlas, y sentireís latir la fuerza de lo desconocido y el anhelo de la mudanza. Todo era ansiedad de cosas nuevas, había algo de febril en el afán de innovaciones; el teatro de Lope y de Calderón era proscrito por la pluma de Moratín como casa inmoral é incompatible con una sociedad que quiere romper con el pasado.

Tal era la España moral. ¿Y la España material? No voy á hablaros de cifras y de datos. No necesito deciros en este sitio ciertas cosas porque aquí son ya vulgares; no necesito indicar que en 1749, España tenía poco más de diez millones de habitantes; que este número creció algo hasta el final del siglo; que su presupuesto era de

800 millones de reales; que su comercio (se suponía, porque nadie lo sabía) acaso llegaba á unos 400 millones; que no había vías de comunicación; que el camino de Andalucía, esa célebre carretera de Despeñaperros intentada por Carlos III, era un verdadero monumento nacional; que no había Bolsas donde se descontaran valores que apenas existían; que no había asociaciones para llevar á cabo pensamientos que no cruzaban por la mente de los españoles. No es esto de lo que quiero hablaros. Si hubiera de deciros estas cosas, os referiría, señores, al precioso libro que algunas veces he citado en este sitio, el libro de D. Patricio Azcárate, en el cual se pinta lo que era la sociedad española á principios del siglo XIX: su silencio, su reposo, su tranquilidad absoluta. Durante la vida de un hombre de los que alcanzaban mayor longevidad, pasaban por el cerebro de un español menos ideas de las que van pasando por el vuestro desde que yo he empezado á hacer uso de la palabra en esta noche. En cuanto á moverse y salir de una ciudad, aparte de aquella precaución de hacer testamento, que pinta hartó bien el horror al viaje, se alzaba ante el caminante la inmensidad del espacio, los abismos en que se cuenta que si caía alguna gota no podía pasar ningún carro; el salto de *matacaballos*, nombre que aún existe en casi todas las provincias de España; los bandidos que acechaban; la incertidumbre de la vuelta al hogar; el temeroso preguntar de «¿cómo se atreve Vd. á salir?»; la leyenda de algún pretendiente que vino á la corte y no se supo más de él; el poema del americano que volvió rico de lejanas tierras, héroe legendario de los países del Norte; con todo esto unido á la manera especial de ser en las poblaciones de provincia, aún las más educadas, cuya parte más inteligente salía pausada, pero indefectiblemente á tomar el sol en invierno, dormía la siesta en verano, cerraba su puerta á las nueve de la noche, lo más á las diez, y hasta esa hora

pasaba el tiempo santiguándose al oír la campanilla del perdón, la de los agonizantes ó la del rosario; con cien mil frailes concentrados en los pueblos; todo aislado, todo separado; ¿qué importa que en España hubiera ideas y hombres pensadores? Estaban solos y esparcidos: los unos sin auditorio, los otros sin medios de expresar sus ideas; aquel sin protección, éste sin recursos: eran como esas lucecillas que habreis visto cuando se acerca uno á los pueblecillos de nuestro país, donde algún reflejo, filtrándose á través de estrecha ventana, anuncia que allí hay hogares y seres vivientes, que allí late y palpita la humanidad, pero en su forma embrionaria y apenas consciente de sí propia. (*Grandes aplausos*).

No caeré en la vulgaridad de hablaros de lo que era la Inquisición á principios del siglo XIX. La Inquisición había hecho su triste camino; pero no significaba ya nada, ni hubiera vuelto á significar, sin el desarrollo de los ódios y de las pasiones políticas después de 1814. La Inquisición había hecho su obra, mortal, es verdad, y terrible, pero ya no tenía vida: la prueba es que el pensamiento brotaba donde quería; Carlos III lo había hecho nacer, Godoy lo protegía y salvas las dificultades que ha habido siempre en España para decir, pensar y sentir en alta voz, dificultades que no han desaparecido del todo, porque son efecto de nuestras costumbres y de nuestro modo de ser, salvo eso, á principios del siglo poco puede decirse de la fuerza, de las virtudes, de los defectos de la Inquisición, en cuanto se la quiera considerar como factor de la vida social.

Lo que sí necesito recordaros, es la inmovilidad de la tierra en la amortización y en el mayorazgo, porque cuando no se mueve la tierra, tampoco se mueve el hombre: Jovellanos lo ha demostrado en páginas admirables, y yo, falto de tiempo, me limito á recordarlo. Lo que sí os diré es que á través de la amortización y del

convento y de las órdenes religiosas y del mayorazgo, y del covachuelista y del militar, que era clase privilegiada en aquella época, á través de todo eso y por causa de ello se desarrolló en nuestra España un espíritu que arrancando de la feudalidad y desnaturalizándose con la pobreza y la holganza, alcanzó su apogeo á fines del siglo XVIII; espíritu de vanidad, de orgullo, de altivez y de pereza; espíritu que engendró el desprecio sistemático del trabajo, contra el cual se levantó Campomanes; espíritu que afectaba la forma grave, severa y majestuosa que parecía responder á cierto bienestar, aunque las más de las veces se apoyaba en solares sin techumbre, ó en una casa, escondrijos de miseria; espíritu que dentro de la familia exigía que un hijo fuera al convento, otro vistiera uniforme de milicia ó cortesano, pero que no permitía se le hiciera comerciante, ó navegante, ni enviarlo á América á trabajar, ó á Italia á guerrear, ó por el mundo á buscar la suerte, impidiendo así que se formasen hombres y se robusteciesen caracteres. La idea de la vida individual y del trabajo era completamente extraña á aquella generación, lo fué todavía á las generaciones que han seguido, y apenas ahora principia á ser familiar; pero aún hay quien cree que ser activo deshonra y que es mejor vivir en la ociosidad, pobre, pero vanidoso, á luchar con la realidad que produce callos en las manos y arrugas en la cara, pero que trae el bienestar y la alegría al hogar de la familia. (*Aplausos*).

Esa sociedad moral y material como os la he presentado con sus cualidades y defectos, con sus apuntes y comienzos, con sus prólogos de una nueva existencia y sus epílogos del mundo antiguo, esa sociedad era la que existía en España en los tiempos en que reinaba Carlos IV y del que fué primer ministro de su segundo ministerio el Príncipe de la Paz. Para completar el esbozo que de ella intento hacer, me falta todavía una

pincelada. Permitidme que la dé presentándoosla en uno de sus momentos y tal como yo la comprendo, tal como vivió á principios del siglo, aquí en Madrid su único centro. Asistid conmigo á la humilde celda del escolapio, del Padre Estala, donde se reunían Moratín hijo, Cienfuegos y otros hombres distinguidos de aquella civilización. Allí le veréis sentado en modesta silla, leyendo poesías que tienen el caracter de idilios, y tratando de publicar en aquella España una enciclopedia para señoras, obra que no pudo llevarse á cabo, según he encontrado en las Memorias de Feijóo, porque faltaron alicientes y elementos para ello. Id á la tertulia fundada por Moratín padre un poco más tarde en el café de San Sebastian, y encontrareis los italianos que trajo Cárlos III y algo que parece recordar á los enciclopedistas franceses, pero sin más propósito que el de hacer literatura y bellas artes. Bajad á la Pradera del Corregidor y á la Tella, que muchos de nosotros hemos conocido aún tal como fué, y vereis al pueblo vestido con sus pintorescos trajes de alegres colores; y si es día de romería ó fiesta de San Isidro, oireis los cascabeles de las calesas, que pasan entre polvo y ruido, llevando las apuestas majas donde las llaman ecos de excitante música que algún maestro contemporáneo ha recordado, reproduciendo aquel desfile en que al caer la tarde al, son de guitarras y bandurrias volvían los manolos y manolas de cuatro en fila. (*Muy bien*).

Y más tarde, pero no muy tarde, á las nueve y media ó diez, al través de los entreabiertos balcones percibireis el esplendor de lo que se llamaba una gran fiesta en casa de la duquesa de Alba, ó de Benavente. Mirando hacia el interior, tras de modestas cortinas hechas con una tela, entonces muy á la moda que se llamaba calicot, se veía la sillería de damasco, uniformada contra las paredes alternando con alguna mesa, sobre la cual si acaso, se extendía piedra no muy bien la-

brada, y se veía algún reloj que tan vulgar es hoy. Y al compás del aristocrático minué, escrito quizás por el gran Mozart, se mueven acompasadas y elegantes las más aristocráticas damas, extendiendo el brazo á larga distancia, para apoyar ligeramente su mano sobre dos dedos enguantados que apenas se atreve á presentarla su galan para ofrecerla pudoroso apoyo. Y si en aquel momento se oye una tétrica campanilla cuyo eco sube desde la calle, suspenden el minué, cesa la chirriante música, todo el mundo se arrodilla y escucha con silencio la saeta que con voz enronquecida canta el hermano del Pecado mortal. ¡Cuadro risueño! Todo es alegría, placidez, todo regocijo, cual lo reflejan admirablemente los cuadros de Goya, último día de paz de una sociedad que no podía ni aún presentir que el día siguiente iba á ser de luto, de sangre y de pólvora en la atmósfera española. (*Entusiastas aplausos*).

Me direis, y si no me lo digo yo, ¿dónde está el germen de esa otra sociedad que vá á nacer? Porque, cuando estais hablando de idilios, se siente ya el fragor de la guerra y los horrores de la lucha. ¡Ah, señores! Quise deciros al principio, y no sé si lo dije, que un pueblo como un individuo tiene cualidades internas inherentes, que constituyen su caracter, y qué después, al chocar con las corrientes de la vida y de la historia, van á sufrir transformaciones sorprendentes, pero guardando siempre sus rasgos característicos. Pues bien; el fondo distintivo del pueblo español á través de todas sus transformaciones, es el temple de hierro de su caracter; su fiereza en el temperamento, la inquebrantable dureza en la lucha, la indiferencia en el sufrimiento; y eso, suceda lo que suceda, no cambia, no desaparece, eso queda: podrá modificarse superficialmente por el influjo de eventuales condiciones, como en los movimientos de la tierra se forman capas de distintos sedimentos; pero en el fondo, allí está la roca, y cuando ocurre una

conmoción que agita y perturba la corteza, el peñasco del fondo reaparece. Y así esa España que he tratado de pintar, tan dulce, tan sencilla, tan incapaz, al parecer, de la crueldad y de la fiereza, y haciendo una vida casi vegetativa, esa España y esos españoles conservaban en el fondo aquel gérmen de indómita rudeza que señalándose ya desde la época de los cartagineses, pasando por Viriato, por los héroes de la reconquista, y por los ilustres capitanes que llevaban sus banderas á todos los confines del mundo, se dibuja en el fondo de su historia como la línea recta en medio de los errores.

Será una virtud ó será un gran defecto; pero como hablo á españoles y hablo en el Ateneo, no he de atenuar lo que pienso. Pensad lo que queráis de esta cualidad que parece innata en el español de todos los tiempos; pero estad ciertos que ha de revelarse en todo tiempo y do quiera que la lucha se despierte. No llameis por eso al español al estruendo, no le llameis al combate, no le excitéis á la pelea, porque el vapor de la sangre despiertan de tal suerte el instinto de fiereza, que todavía los hombres de esta generación civilizada nos hemos asomado con espanto á la sima de Iguzquiza.

Pues bien, señores, esa cualidad interna, buena ó mala, del pueblo español, había sido conservada en España, y pudiera decir nutrida y estimulada por tres cosas que no ha de maravillaros las recuerde. Una la literatura romántica, otra la inquisición, y la tercera las fiestas de toros.

La literatura, señores, esa literatura que es nuestro orgullo, la literatura de capa y espada encierra en el fondo de toda ella, bien lo sabeis, una idea fundamental, la confianza en el acero manejado por experta y valerosa mano, y el desprecio de la vida del que á cada instante la desnuda. En los grandes dramas de Lope y de Calderón, *El Médico de su honra* ó en *los Monjes de las Alpujarras*, ¿qué valen la vida ni las afecciones más sagradas?

lo único que importa es el orgullo, la honra que en él se funda, y si se lava con sangre no hay afrenta de aquellos que no se borre; y cuando esa es la inspiración y el resorte de las pasiones, nada queda en pié, ni los recuerdos del cariño, ni los lazos de la familia, ni aún el recuerdo del ser querido. ¿No recordais la última escena del *Médico de su honra*, en que ante el cadáver de aquella mujer sacrificada horriblemente á la sospecha del orgullo ofendido, tiende el protagonista la mano á otra dama y el rey, representante del público que aplaude, cual si fuera la cosa más natural del mundo el haber matado á su mujer, se limita á dar un consejo á la nueva esposa? Al lado de esta literatura se alza el auto de fé. En nombre de la religión, en nombre de Dios misericordioso, para su gloria y por su clemencia, se convoca al pueblo á ver cómo se tuesta á un hereje; y el pueblo asiste á oír los últimos quejidos de un infeliz que se retuerce en horrible convulsión, ó á contemplar el valor verdaderamente sublime con que otro aguanta, en nombre de sus convicciones, el suplicio que por ellas le imponen en el afrentoso cadalso de la inquisición.

Y por si esto se olvida, por si se debilita aquel sentimiento caballeresco que por cualquier cosa tira de la espada, por si se amengua este desprecio de la vida ó por si el corazón no se ha endurecido bastante con los autos de fé, ahí queda el circo de toros; y ahí vereis salir la fiera y afrontarla el hombre; y cuando en la lucha éste es el vencido, aquella multitud de los tendidos lanza un grito horrorizada, pero no por eso deja de mirar con ojos espantados, para no perder el más pequeño detalle, y sentir la última de las sensaciones y embriagarse con el vapor de la sangre derramada. Resulta, pues, que sea cual fuere el motivo, en la punta de una bayoneta como en la hoja de un puñal, impulsado por una venganza, por odios, por celos, quizás por fanatismos religiosos, siempre habrá en este pueblo es-

pañol una indiferencia de la vida, que el día en que la lucha se atice dará horrores y matanzas por todas partes. ¡Cómo ha de ser! La idea no será agradable pero no deja de ser cierta, y yo debía presentárosla, porque sin esta explicación me sería imposible hallar aclaración al contraste entre la sociedad que os he pintado y la España que va á nacer de la guerra de la Independencia.

Decía, señores, al acabar de pintar esa sociedad, que reinaba en España Cárlos IV, que tenía por esposa á María Luisa y por ministro á D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz; afirmaba que aquella sociedad descansaba completamente en la monarquía, y solo vivía dentro del organismo religioso; (no encuentro otro adjetivo, aunque bien veo que no es el más apropiado) y he añadido que esa sociedad guardaba en el fondo de su sér la fiereza de sus tradiciones y de sus orígenes. Con esta enumeración se puede ya explicar lo que va á suceder.

Era Cárlos IV un hombre verdaderamente bueno, si por bondad se puede entender la ausencia de todo sentimiento malévoló, de toda pasión venenosa, ó de todo deseo de hacer daño. Robusto por naturaleza, necesitaba el ejercicio y no se avenía con el ocio; cuando no iba de caza, se entregaba como su pariente Luis XVI al trabajo del herrero. No concebía, no podía caber en su espíritu, que nadie pudiese engañarle ni fuese capaz de hacerle traición. La historia anecdótica que simboliza muchas veces en una sola fórmula el carácter y las condiciones de un personaje, cuenta, suplid, señores, lo que yo no diga, cuenta que cuando era todavía príncipe de Astúrias, pero casado ya con María Luisa, un día que acompañaba á su padre en la caza, le dijo:

—Papá, ¡qué felices son los reyes!

—¿Por qué? le preguntó el anciano.

—Porque á ellos no se les puede engañar como á los demás mortales.

Cárlos III dicen que le miró de alto abajo, y re-  
puso:

—Tienes razón, hijo mio; pero no te fies demasiado  
de ese principio.

Cárlos IV no comprendió jamás el consejo de su pa-  
dre. Su historia no se ha escrito aún; mejor dicho, no  
se ha impreso, porque manuscrita está por D. Luis de  
Muriel; pero cuando sea conocida, se comprenderá el  
valor de aquella anécdota; porque Cárlos IV se murió  
cuando en su edad avanzada al revelarles de pronto y de  
una manera brutal el misterio de su existencia alguno  
de los que le rodeaban, se enteró del papel que había  
desempeñado en este mundo.

Era María Luisa mujer de grandes atractivos, más  
simpática y más encantadora en las alturas en que  
se exhibía; viva, inteligente, respirando gracia, vo-  
luptuosa, no era una belleza, pero había en ella un en-  
canto particular que la daba el ascendiente que adquirió  
desde luego sobre su marido. Mientras vivió Cárlos III,  
se creyó que aquella pareja real continuaría la severa  
tradición de la familia de los Borbones. Pero al morir  
su padre, Cárlos IV se encontró al entrar en la vida con  
dos octogenarios á su lado; el conde de Aranda y el de  
Floridablanca. Quizás ninguno de los dos comprendió  
á Cárlos IV ó quizás lo comprendieron demasiado, pero  
seguramente Cárlos IV no los comprendió á ellos y no  
pudo nunca entenderse con aquellos dos hombres tan  
diversos entre sí, pero inspirados igualmente en una  
sociedad que había pasado.

La historia parece precipitar los sucesos. Ocurren  
las catástrofes de la revolución francesa; la muerte de  
Luis XVI y de María Antonieta, vienen los errores del  
terror, la rivalidad de Francia é Inglaterra, la alianza de  
España, sucede la guerra del Pirineo donde aquel sol-  
dado, el general Ricardo, tantas glorias dió á España;  
sucesos todos que requerian inteligencias y voluntades

de primer orden para conservar incólume la patria; y como Carlos IV no se entendía con los dos veteranos de la política de su padre, y él no se bastaba á sí propio, necesitó otro ministro en quien poder descansar, y la casualidad se encargó de poner en su camino á Godoy, que desde guardia de Corps fué rápidamente elevado á las más altas gerarquías, llegando á ser el ministro universal desde 1802 hasta el motín de Aranjuez en 1808, en los mismos días en que las huestes de Napoleon empezaban á atravesar el Pirineo.

¿Quién era Godoy? Uno de tantos aventureros que la historia recuerda, con más condiciones para merecer la fortuna, con alguna más grandeza de la que suele acompañar á personas de su condición; figura no juzgada aún con exactitud, y dotada de un génio más abierto, de un espíritu más ámplio que la mayoría de los españoles de su época. Godoy tiene una triste página en su vida porque á todos los aventureros se les perdona la fortuna, pero el espíritu español, y creo que el espíritu humano, si bien perdona aquello mismo que envidia, no disculpa aquellos encumbramientos que no se pueden explicar por sí mismos. Godoy no pudo por eso hacerse aceptable á los ojos de España; el origen de su privanza no se lo explicó nadie y hoy todavía ignoran muchos que no sólo fué el favorito, sino el grande amigo de Carlos IV, y su único consuelo desde 1808 en adelante.

Pero, ¿quién pretende llevar, cuando han pasado años, la frialdad del razonamiento al conocimiento de los sucesos que se desarrollan ante nuestra vista? La España del siglo XVIII se fundaba en la monarquía, en sus prestigios y grandezas, y la monarquía principiaba á encontrarse envuelta en una neblina fatídica que la iba aislando del pueblo, el cual empezaba á comprender que tras de aquella niebla se ocultaba algo de lo que no quería hablarse, y mucho de que se maldecía en silen-

cio. Y cuando engrosaba este rumor que iba destruyendo el prestigio de la monarquía, se empezó á destacar una figura, la del príncipe de Asturias, joven macilento y taciturno, educado por los hombres más dulces, que había recibido la educación del canónigo Escoiquiz, hombre tan sencillo que apenas se atrevía á nada, por más que desde las gradas del trono fuera el instrumento de todas las pasiones y el medio por el cual se iba destilando la hiel de aquella sociedad, y condensándose en el corazón de su discípulo las maldiciones que caían sobre el trono,

Y cuando en el alma de Fernando VII hubo penetrado todo esto, y le buscaba todo el mundo para hacerle instrumento contra la privanza de Godoy so pretexto de libertar de ella á Carlos IV, entonces por esos mismos caminos se abrieron paso las intrigas francesas.

Y en efecto, señores, y con esto contesto, porque me tengo que acercar necesariamente al final, á aquella parte del tema que dice: «Las relaciones internacionales »y la posición de España en el mundo.—El sentimiento »popular en 1808.—Las intrigas y la catástrofe.» en efecto, con ese cuadro que antes os tracé, la pobre España sola, con sus antiguos elementos, con sus aspiraciones á la nueva vida, sin guía y sin piloto, desterrado Aranda que iba á espirar olvidado en su finca de Aragón, y Floridablanca tan viejo que apenas la guerra de la Independencia le encontró vivo en su casa de Murcia, sin que Jovellanos ni Campomanes tuvieran medio de contener ó de encauzar la corriente, España sola, porque Italia no existía en aquella época; con Francia en ardiente revolución con los Estados Unidos, república entusiasta y fiera; con Inglaterra en lucha contra la Francia; perdida su escuadra y descompuesto su ejército; sin hacienda y sin comercio, estremecida por los sacudimientos de la nuevas ideas, la pobre España, señores, tenía como único lastre, como única ancla en esa tempestad

desastrosa la monarquía de Cárlos IV y de María Luisa, con Godoy de primer ministro y con Fernando VII como príncipe de Astúrias. ¡Qué catástrofe no se adivina sin más que esta enumeración de nombres y este conjunto de figuras!

Y así sucedió. Godoy, de quien quiero decir algunas palabras, porque es mi deber hacerle justicia esta noche, Godoy no era hombre para comprender estas cosas; no se había educado lo bastante, no había cultivado las ideas; era vivo para entender, pero incapaz de reflexionar: se encontró de pronto en las alturas y su cabeza se desvaneció; creyó que algunas reformas tímidas eran el arte supremo del gobierno; pensó que protegiendo á los literatos, rodeándose del oropel de las artes, logrando que se representasen las obras de Moratín en el teatro, libertando á Olavide, haciendo, en fin, en la fachada de la casa todos estos revocos y tapando los desconchados se aseguraba el edificio, y no oyó que crugían las techumbres, que se desprendían las columnas y que la casa se venía abajo. Donde eran precisas las grandes ideas, apeló á los expedientes; y cuando se encontró en contacto con Napoleon, aquel génio que movía la Europa, y con Talleyrand, aquel diplomático sutil que aún sin que lo comprendiera Napoleon, repartía los reinos que él conquistaba con su espada, pretendió medirse con ellos, y ora quiso ser su aliado, ora su enemigo, y en este juego pueril perdió al fin la partida. Cuando Napoleon partió para Prusia, Godoy le creyó perdido y publicó una proclama excitando la Europa contra él, pero supo la victoria de Jena, tuvo miedo y la retiró. Napoleon, sin embargo, tuvo noticias de ella y su mirada de águila se levantó por encima del Pirineo y se fijó en España, al tiempo mismo en que una carta de Fernando VII y después otra de Cárlos VI llegaban pidiéndole amparo, el uno contra el otro. El espectáculo de aquellos reyes arrastrándose á sus piés y

el de Godoy, que casado ya con una infanta de España, se creía también persona real, despertó en Napoleon, con el desprecio por los que á él acudían la idea, de que España no valía más que sus gobernantes. Este fué su error y él lo confesó en Santa Elena, pero antes lo había ya reconocido en su fuero interno el día en que le llegó la noticia de la rendición de Dupont en los campos de Bailén. Ese día comprendió Napoleon que había lanzado á sus diplomáticos y á sus ejércitos contra la corte de Carlos IV, pero que en su camino se había alzado un pueblo que no toleraba imposiciones. Hé aquí lo que había sucedido. Napoleon en 1808 pidió permiso como en 1802, para que sus tropas fueran á Portugal, y las divisiones francesas empezaron á cruzar el Pirineo en dirección al vecino reino. Godoy, viendo que las tropas francesas no iban á Portugal, reveló su temor á Carlos IV, y éste tuvo un momento de lucidez y opinó por dejar á Madrid y retirarse á Andalucía; pero Fernando VII estaba allí para impedirlo, y después de haber pedido perdón y haber acudido á Godoy para que le reconciliase con su padre, preparó el motín de Aranjuez, en el cual se levantó la plebe llamada por el heredero del trono, y Carlos IV fué destronado salvándose Godoy en un desván, escondido en unas esteras.

Ante este espectáculo, Napoleon llamó á toda la familia á Bayona y Fernando VII al saberlo, pidió el ir para obtener la mano de una sobrina del emperador; y de esa manera los monarcas españoles emprendieron el viaje, el uno en pos de una princesa y el otro en pos de una corona que había rodado de sus sienas.

Y cuentan las crónicas que un día al ponerse el sol, cuando el carruaje que se llevaba á Fernando VII, se alejaba entre nubes de polvo camino de Bayona, por la carretera de Valladolid, un labrador, que cansado del trabajo volvía con la chaqueta al hombro guiando sus mulas, se paró y al oír los comentarios de sus compa-

ñeros de trabajo que hablaban de Fernando VII y de su viaje á Francia en busca de una princesa, sobrina del emperador, dijo melancólicamente: «Ese no volverá de Francia hasta que le traigamos nosotros.» Aquel labrador que así hablaba, se llamó luego en la historia, Juan Martín el Empecinado. (*Aplausos*).

Hemos llegado al desenlace, señores; os he pintado bien ó mal, como yo la entiendo, una sociedad; la habeis visto fundada en ciertas bases, la habeis sentido agitarse guiada por ciertas aspiraciones. Pues bien, esa sociedad se desploma, la catástrofe ha venido, la vida política se fundaba en aquellas ideas que os he descrito, se apartaba del trono y el trono ha caído, y la familia real se ha alejado, y en ese momento el pueblo español se encuentra solo. ¿Qué queda de lo antiguo? Nada. ¿Qué va á aparecer de nuevo? Lo que había en el fondo de aquella sociedad.

Y con esto veis que enlace lo anterior y me acerco á un término natural; aquellas lucecillas del pueblo que veiais desde lejos, van ahora á convertirse en hogueras azotadas por el viento de la tempestad; todo aquello que estaba desunido, diseminado, se vá á concretar en Cádiz; todo aquello que estaba aislado se vá á reunir en un punto y en un momento dado; todo lo que parecía tranquilo tiene que luchar, porque al español no le vá á quedar nada, ni hogar, ni honra, ni familia, ni fortuna; no le quedará más que su valor indómito, la fiereza de Viriato y con ella aparecerá el guerrillero, y con ella se batirá sin temor á las huestes francesas. Y las Córtes de Cádiz serán la concreción de este pensamiento, y el pueblo español vendrá á la lucha: pero, ¿cómo viene? He aquí la última palabra, ¡Qué cosa tan rara! ¡Qué contraste tan extraño! ¡Qué lección de la historia! Ella inspirará también las últimas palabras que yo diga.

No hay en último término más verdad en la vida pública, que lo que es real y verdadero en el fondo de los

pueblos: pueden las habilidades y las combinaciones hacer aparecer temporal y pasajeraamente otras cosas; el fondo no se borra. El pueblo español hasta el 15 de Abril de 1808, era un pueblo completamente francés. ¿No adoraba en Fernando VII al enemigo de Godoy? ¿No venían los franceses á colocar á Fernando VII sobre el trono? ¿No le iba á dar Napoleon una princesa de su casa para compartir su tálamo? ¿No eran ellos los bienhechores? Sí. Pues sean bienvenidos los bienhechores del pueblo, el cual con los brazos abiertos los recibía. Yo recuerdo las frases de D. Juan Nicasio Gallego en la elegía del Dos de Mayo: les abrían las puertas, les daban su pan, compartían su hogar siempre con la mano abierta para estrechar la suya. Así cuando Murat paseaba las calles de Madrid después de oír la misa de doce en San José, al frente de sus huestes vestidas con aquellos trajes fantásticos que todavía maravillan en los grabados, guardia real, mamelucos, turcos, el pueblo les miraba con cierta especie de admiración, y entonces todo el mundo preguntaba cuando iba á llegar el gran emperador. Y en los *Episodios* de Pérez Galdós, se narra, que cuando llegó su equipaje, las botas, el sombrero y el bastón se exhibieron en el palacio real de Madrid.

Y todo el mundo creía que había llegado la regeneración en todos los órdenes y esferas de la vida, que todos los progresos del otro lado del Pirineo iban á verse realizados, que los literatos enciclopedistas iban á ver el fruto de sus trabajos, que la inquisición iba á concluir, y el pensamiento iba á ser libre; y, sin embargo, en los diez y siete días que median desde el 15 de Abril al 2 de Mayo, hay una transformación completa en el fondo de esta sociedad; y aquel pueblo que no respiraba sino bendiciones, que no tenía sino palabras de cariño á los franceses, desnuda un día la navaja, su única arma, y va á desafiar á pecho descubrir-

to el gran poder de la nación francesa en el legendario día del 2 de Mayo. ¿Por qué? Porque todo lo que he descrito era la vida artificial, exterior, aparente, resultado de una porción de combinaciones; pero quedaba en el fondo el sentimiento de la independencia española; el pueblo se apercibió en esos días de que los franceses iban tomando sus fortalezas, cortando sus líneas estratégicas, apoderándose de sus armas y municiones, en una palabra, que aquellos que venían como amigos eran traidores y desleales; y hubo además otra cosa, hubo que aquellos franceses, héroes de cien combates, que traían la gloria de Napoleon el Grande en las banderas que se desplegaban al frente de sus regimientos, sintieron halagada su vanidad por aquella atmósfera de popularidad; y la mujer española, partícipe de los sentimientos que el pueblo entero tenía, miró con simpatía á aquellos héroes; y esto bastó para encender los celos; y un capitán llamado el *silencioso*, que se había embarcado varias veces y sido prisionero de los ingleses, que hablaba varios idiomas y que era considerado como uno de los primeros oficiales de la artillería española, don Luis Daoiz, que amaba quizá á una mujer, así lo cuenta la leyenda, que tuvo la mala idea en un momento fatal de arrojar su ramo de flores á Murat, cuando pasaba al frente de su estado mayor, sintió latir en su alma la antigua fiereza española. Y como lo que sentía lo sentían millares de españoles, bastó la primera chispa, bastó un grito como el de la vieja que en la plaza de palacio exclamó: «Que nos lo llevan,» cuando salió el pobre infante D. Antonio, para que en la mañana del 2 de Mayo, todo aquel silencio, todo aquel cúmulo de sentimientos, de fiereza reunida, de orgullo herido, de pasiones contrariadas, de direcciones encontradas estallase, y en su estallido comienza la guerra de la Independencia; la España que os he pintado desapareció ese día.

Ahora va á nacer una nueva España que será como el terreno formado por el aluvión con la tierra que baja de la montaña, con el peñasco arrastrado por el huracán atravesado quizá por los troncos de los árboles, mezcla de toda clase de desgracias, pero mezcla puramente española, de la cual han brotado las generaciones modernas y en rededor de la cual se han formado los hombres de nuestros días; masa, espíritu y palabra, con las cuales vivís, pensáis y habláis cada uno de vosotros.

Pues bien; esto es lo que queremos presentaros en este sitio. Esos retratos que ahora están mudos, van á animarse; el blanco uniforme de aquel anciano os hablará de Bailén, su mirada apagada va á lanzar el reflejo de la juventud; y tomarán vida y se animarán las imágenes de todos esos que fueron vuestros presidentes, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Pacheco, Pidal; y de esta manera, el Ateneo identificándose y uniéndose con cada uno de esos hombres que han ido pasando, nos dirá que cada retrato condensa una etapa de nuestra historia. ¡Felices los que ahora vivimos, si hay mañana alguna generación de las que nos sigan que crea que hemos contribuído á esta obra gloriosa, que aunque accidentada y triste, parece ya el albor de una mañana en la cual, quedándose atrás las nubes, el sol se alza en el horizonte para darnos su luz, sus esplendores, su calor y su vida! (*Grandes y prolongados aplausos*).

---